

## PROLOGO. GEORG GRODDECK. EL PRECIO DE LA IMAGINACIÓN.<sup>(1)</sup>



Carlos Castilla del Pino

...was ganz werrück ist, beanspruch ich ais mein geistiges Eigentum<sup>2</sup>

### G GRODDECK

#### I

El libro que el lector tiene en sus manos, *El libro del ello* (*Das Buch vom Es*), ha de ser leído bajo determinadas perspectivas. Unas son de orden metodológico; otras, de carácter histórico, con referencia tanto a la historia del pensamiento médico general de los últimos años, cuanto a la historia del movimiento y de la doctrina psicoanalíticos: finalmente, no puede dejarse de lado lo que este libro contiene de expresión personal, si se pretende aprehender la significación tanto de su contenido mismo cuanto de su estilo. Claro es que el libro puede ser leído adoptando de antemano, ante él, una actitud ingenua. Pero los años han pasado por esta obra y la sitúan, a la fuerza, como un hecho histórico –al margen de su relevancia como tal- y, por tanto, no parece aconsejable que el lector se enfrente con ella sin saber quién es Georg Groddeck, en qué circunstancias vivió, para qué y para quiénes escribió, en qué medida su redacción responde a una necesidad del autor frente a tres, cuando menos, colectividades: la médica, la psicoanalítica y, la más amplia, de la sociedad absolutamente profana en estos menesteres.

Aun cuando haremos más amplias alusiones al respecto, metodológicamente *El Libro de Ello* es, todavía hoy, escandalosamente heterodoxo. La forma de pensamiento que se expone en este libro es una continuada expresión del salto que el científico no debe dar entre la observación y la interpretación. Donde hay salto, donde el pensamiento se refracta mostrando el hiato entre lo observable y lo interpretable, hay audacia, y nada menos audaz que el pensamiento académico. Cuando *El Libro del Ello* ve la luz –en 1923-, el psicoanálisis mismo ha dejado de ser una aventura intelectual, y la máxima pretensión de Freud y de sus seguidores es conferirle el rango de un ámbito más de la observación, es decir, de ciencia. No sólo Freud hacía años que había conseguido para sí mismo la categoría de “profesor”<sup>3</sup>, sino que la totalidad de sus trabajos de por entonces –a excepción de *Más allá del principio del placer*- se caracterizan por lo que él estima la fidelidad a los hechos mismos, su alejamiento de las grandes hipótesis de trabajo, su inhibición frente a las amplias generalizaciones. En suma, el psicoanálisis como doctrina pretende ser ya, por entonces, una más de las instituciones, naturalmente no sin toda suerte de contradicciones consigo mismo y, por supuesto, y aún ahora, con las grandes instituciones sociales preexistentes, para las que la absorción del pensamiento psicoanalítico resulta todavía imposible.

1.- Prologo al texto de la versión castellana de “El Libro del Ello” de Georg Groddeck. Editorial Taurus, 1973. pp 326.

2.- Lo enteramente demencial, lo reclamo yo como mi patrimonio espiritual.

3.- El título de “profesor” había de ser obtenido, a propuesta ministerial, ante el emperador en la Austria de los Habsburgos, lo que le permitiría acceder al ámbito universitario. Freud aspiró una y otra vez al mismo y hubo de obtenerlo gracias a los buenos favores de una paciente. Sus contradictorias actitudes al respecto están descritas por él mismo en algunos de sus sueños, en cartas a Wilhelm Fliess, etc. Véase también Jones, *La Vie et l’Oeuvre de Sigmund Freud*, 3 vols., vol. III, págs. 372-375. París, 1958. En todo caso, se trataba del título de *Privat-Dozent*, no de Professor Ordinarius.

La audacia, sin embargo, es un gesto que se paga a un precio suficientemente caro y, por lo general, en vida mismo del audaz. El drama de Groddeck –su final recuerda al de Wilhelm Reich y, como éste, acaba mostrando esa pérdida de la conciencia de realidad, cuando menos parcial, que aparece indefectiblemente en toda formación paranoide- es la consecuencia de su audacia, el ser un *outsider* entre *outsiders*, marginación contra la que insistentemente se sublema. Groddeck no puede dejar de ser el que es, y su imaginación misma se constituye en una desbocada expresión de instancias que, lógicamente, sólo tienen de intelectuales su revestimiento. Por eso le conducen inevitablemente a la inaceptación oficial, a la que, no obstante, desea de modo compulsivo, y el final, pues, no resulta ser otra cosa sino la incapacidad para tolerar el aislamiento y la soledad conseguidos. Todavía hoy, cuando sus biógrafos, los Grossman, acuden a algún viejo psicoanalista, deudor de Groddeck, éste les pide que se le exceptúe de hablar de él, porque constituye una etapa embarazosa de su vida su asociación con Groddeck, etapa que quisiera borrar de su biografía intelectual. Y toda la actual Medicina Psicosomática, que tiende a situar la enfermedad somática, por parcelaria que aparezca, dentro de la trayectoria biográfica del paciente, como un “lenguaje de síntomas” corporales, tras los que habla el inconsciente –el Ello- del enfermo, no reconoce a Groddeck como el iniciador. Y, sin embargo, desde el parto sin dolor hasta la psicologización y psicoterapia subsiguiente de las enfermedades cardiovasculares, de la artritis reumatoide, de las enfermedades renales y de la piel, de los procesos oculares, etc., están absolutamente explicitados en El Libro del Ello, aparte en otros trabajos monográficos por decirlo así “serios”.

## II.

Pero, ¿quién es Groddeck?<sup>4</sup>

Nacido el 13 de octubre de 1866, de padre médico y madre formada a la sombra de su padre, el historiador de la literatura alemana Augusto Koberstein, en su casa se daban cita intelectuales e investigadores, entre otros, probablemente, Federico Nietzsche. Era el quinto y el menor de los hermanos. El propio padre de Groddeck era un hereje en Medicina, y al único médico que admiraba era a Schweninger, el médico de Bismarck, el único que supo imponerse al “dictador de hierro”. Después de estudiar Medicina y graduarse en 1889, hizo sus primeras prácticas médicas al lado de su padre, hasta que éste falleció de un accidente vascular cerebral. Cuando Groddeck se acerca a Schweninger, éste se siente atraído por el alumno aparentemente prometedor. Groddeck se establece en Baden-Baden, en donde instala un sanatorio y en el que rápidamente se ve obligado a atender a una numerosa clientela. Los tratamientos de Groddeck, como los de su maestro, son esotéricos y bizarros para la Medicina de entonces –y para la de ahora. Sin saberlo, lo que en última instancia parecía decididor era la relación médico-paciente que conseguía establecer. El caso de Frau A. fue para él revelador en este sentido. La fidelidad a las pautas de Schweninger –en realidad nunca las abandonará del todo- persiste hasta 1912, en que publica su libro *Nasamecu (Natura sanat, medicus curat)* como homenaje al que fuera su maestro. En el libro se contiene un ataque al psicoanálisis freudiano y muy especialmente al riesgo que del uso del psicoanálisis habrá de hacerse precisamente por los psicoanalistas silvestres.<sup>5</sup> En realidad, como habría de lamentarlo inmediatamente, su ataque a Freud procedía, no de una lectura directa de su obra, sino de referencias de segunda mano. Pero para entonces, junto al tratamiento básico de hidroterapia y masajes, Groddeck practicaba una forma personal de psicoterapia que denominaba “tratamiento psíquico”, y al cual ha de reputar sus éxitos terapéuticos. Fue esta complementación de su quehacer médico hasta entonces habitual la que le obligó a modificar su concepción misma de la enfermedad. El lector encontrará en este libro, hoy traducido, múltiples descripciones muy gráficas de sus tratamientos. Groddeck no se plantea demasiadas veces cuanto hay de sugestión, cuanto de análisis directo –como se diría hoy-, cuanto

---

4.- Todos los datos biográficos de Groddeck, así como las citas de cartas de Freud a él dirigidas, están tomados del libro de Carl M. Grossman y Sylva Grossman, *The Wild Analyst. The Life and Work of Georg Groddeck*. New York, 1965 (hay traducción castellana: El Psicoanalista profano, F. C. E., México, 1967).

5.- El término “silvestre”, aplicado a la práctica analítica por parte de los no iniciados, procede del propio Freud. Véase su trabajo de 1910. *El Psicoanálisis silvestre*, en Ob. Comp., trad. cast. Madrid, 2vols. 1948, II, pág 315.

de abrupta aniquilación, en el paciente, del beneficio secundario de su enfermedad. Para Groddeck, lo fundamental es curar. Y hay que concederle que, en una época en la que la Medicina académica no podía enorgullecerse demasiado de sus conquistas terapéuticas –a Viena, centro médico de entonces, el enfermo debía acudir para ser “diagnosticado por Chvostek y autopsiado por Stenberg”-, Groddeck hacía más que “los otros”. Claro es que el que ante él acudiesen pacientes de reconocida cultura no desdice del carácter peculiar de sus tratamientos. Pues cuando se enferma, la cultura ha de dejarse a un lado como subproducto del Yo, y lo que entonces entra en juego es un Yo desvalido, regresado, batido por toda suerte de instancias primitivas, necesitado, en suma, de que se le preste valimiento allí donde, aunque sea a costa de un proceder mágico, se vislumbra la “protección”. Y Groddeck poseía, más que ningún otro internista de su ámbito, este rango protector hasta extremos de una tiranía tal, que, en última instancia, parecía ser la requerida por el enfermo, poseedor, en apariencia, de una iniciativa residual.

En 1914, Groddeck se separó de su mujer, de la que tuvo tres hijos.

### III.

En 1917, Groddeck escribió la primera carta a Freud. En ella, junto a confesar su osado ataque al psicoanálisis, reconoce dos cosas de suma importancia: 1) su deuda para con la obra de Freud; 2) el reconocimiento de cómo, sin saberlo, su proceder contiene, como ingredientes sustanciales, desde hace años, la existencia de una activa sexualidad infantil, la formación de símbolos y los conceptos de resistencia y transferencia.

Reconoce asimismo la ambivalencia preexistente ante Freud; de momento, claro es, ante su obra. “El efecto de su obra fue tan perturbador que, aunque sabía que me estaba privando de la oportunidad de enriquecer infinitamente mis conocimientos y mi vida, no acabé ninguno de los dos.” (Se refiere a la *Psicopatología de la vida cotidiana* y a la *Interpretación de los Sueños*.) Esta ambivalencia ha de ser un reflejo de su situación edípica: su resistencia a la aceptación de (la obra) Freud; su actitud claramente dependiente y, sobre todo, el ofrecimiento implícito de su ulterior dependencia. Esta resistencia a la aceptación del pensamiento de Freud persistirá, y el propio Freud la percibe y la hace notar, no sin ironía (véase después, IV). Pero, como he dicho, está visible en esta carta inicial: “si quiere ampliar este significado (de lo Desconocido, del *Ello*) –sugiere a Freud- es posible que nos salgamos de los límites que usted ha puesto a la definición del psicoanálisis”. Nada menos que, junto al reconocimiento de su dependencia, la declaración paladina de que ha ido más allá que Freud mismo, y esto aun cuando Groddeck sólo puede ofrecer una mera aseveración, no fundamentada, de sus hallazgos. Hay pues, una inicial rebeldía ante Freud, rebeldía que el lector de las cartas de Freud no puede compatibilizar, si su apreciación es trivial, con la sincrónica reverencia y, lo que es más, con el más o menos explícito amor filial que ante Freud ha de mostrar Groddeck ulteriormente: “me resulta muy satisfactorio que haya alguien en Viena que se preocupe por mí aun sin conocerme”...; “sería maravilloso verlo a usted personalmente”...; “durante años he pensado pedirle que venga a pasar unas semanas conmigo como un invitado bien venido, por hay que decidirse a pedir algo así antes de atreverse. Sin embargo, uno puede albergar tales deseos”...; “me gustaría poder hacerle particular, de alguna manera, una pequeña parte de la alegría de vivir que he recibido gracias a usted, pero sólo puedo hacer como los niños buenos hacen con su padre: hacer el propósito de trabajar bien y lograr que usted se sienta orgulloso de mí”.

El problema de la relación con Freud se acentúa aún más, en el sentido de la relación objetal hijo-padre, por dos índoles de razones: en primer lugar, porque Freud, a su vez, como veremos de inmediato, adoptará ante Groddeck el rol de padre, capaz de reprender, capaz, al propio tiempo, de alabar y estimular; y en segundo lugar, porque Groddeck habrá de sentirse marginado dentro de la institución psicoanalítica, ya constituida como sociedad psicoanalítica, sintiéndose de sobra compensado con la secreta, valga la expresión, aceptación por Freud.

Efectivamente, Groddeck sugiere a Freud que se le acepte en algunas de las asociaciones psicoanalíticas, y aunque Freud responde con cierta reticencia al respecto, al fin Groddeck es admitido en el grupo de Berlín.<sup>6</sup> Ello motiva el que pueda asistir de pleno derecho al Congreso de la Haya. Allí habría de ver por primera vez a Freud.<sup>7</sup>

Pero la acogida en el Congreso fue en general decepcionante. *Ich bin ein Psychoanalytikerswild* (yo soy un psicoanalista silvestre), fueron sus palabras iniciales en su intervención. Y a continuación procedió a un juego asociativo libre, al modo psicoanalítico. Luego expuso su tesis de que los trastornos orgánicos eran consecuencia y expresión de profundos trastornos emocionales. Fue una intervención asistemática, un tanto lúdica, muy mucho provocativa. Al fin, clasificó, con posterioridad, a los asistentes en dos tipos: Freud era “el padre”; los demás, “gallinas”. La propia Anna Freud se sintió irritada por la intervención de Groddeck, y nunca corrigió su inicial antipatía.

Me parece que tanto la intervención de Groddeck cuanto la acogida a la misma tienen su respectiva interpretación. Es evidente el carácter subversivo de la conferencia que en La Haya pronunciara, incluso para el todavía reducido círculo de analistas. A mi modo de ver, aparte la seguridad del afecto de Freud, que le hacía permisible llegar a donde sólo Freud sabía que había llegado con anterioridad, en Groddeck se da el notable fenómeno de la posibilitación que toda adquisición de un instrumento absolutamente nuevo confiere al que lo usa. De hecho, un pensamiento revolucionario –tal el darwinismo, el marxismo o el psicoanálisis, la física cuántica y relativista, por sólo citar algunos ejemplos recientes- entraña la ampliación del campo de interpretaciones de la realidad dada. No es que la realidad se aperciba a otro nivel. Es que la realidad, el objeto, es aprehendido bajo nuevas relaciones. Esto era lo que para Groddeck confería a su aportación un sesgo netamente original. Mientras, para él, “los otros” no eran sino meros subsidiarios del *propio objeto* investigado por Freud, el objeto de Groddeck era cualitativamente *otro* y su innovación alcanzaba una real ampliación del instrumento analítico (como en otro orden de cosas había hecho el propio Freud con sus aportaciones a la interpretación de la obra artística, a la historia, a la lingüística, a la sociología). Ciertamente, un instrumento revolucionario lanza, como una catapulta, las mentes mismas de sus usuarios hasta extremos que aterran a los que, habiendo hecho ya de la revolución una institución estable, están dispuestos a permanecer tan sólo en un perfeccionismo inhibitorio de todo lo conseguido.

Para la colectividad psicoanalítica era, en cierto modo, lógico que la intervención de Groddeck fuera desconcertante y objeto de irritación. No sólo porque Freud acogió a Groddeck con cierto entusiasmo –un desconocido entonces, no sólo para Freud, con quien, como se ha dicho, venía, desde hacía años, manteniendo una relación epistolar, sino para la totalidad-, cuanto porque Groddeck venía a saltarse una dicotomía hasta entonces, y todavía ahora, mantenida: la dicotomía soma-psyche. A mayor abundamiento, Groddeck se confesaba no ser un psicoanalista en el sentido estricto del término, un hombre, pues, que desde ese mismo momento parecía no contar con la internalizada disciplina de la organización en orden a los principios psicoanalíticos doctrinales. Hasta qué punto la intervención inicial de Groddeck resultó chocante lo demuestra el que el propio Freud le enviase, desde su residencia en La Haya, un corto mensaje en donde venía a preguntarle si había hablado en serio o si simplemente gustó de bromear –esto es, de agredir- al auditorio. Habría que poseer mayor número de datos acerca de la personalidad de Georg Groddeck para explicarse el por qué se convirtió él mismo en provocador y se enajenó, quizá para siempre, y a excepción de Ferenczi, Karen Horney y algún otro, la definitiva comunicación y aceptación en el grupo. Parece notorio que en Groddeck existía una tendencia a suscitar la automarginación, que, luego, habría de constituir un pretexto para su protesta ante los que le segregaban.

---

6.- Sin que se sepa con seguridad, parece que Freud puso en juego su influencia.

7.- El Congreso de La Haya tuvo lugar en 1920.

En todo caso, es justificable que, en un primer momento, en el que todavía el psicoanálisis era acogido con críticas por su aparente desviación del pensamiento positivista característico de la época, el pensamiento saltígrado de Groddeck fuese estimado como un riesgo para la propia doctrina, que tan celosamente había que defender. Por entonces, Freud entraba en una etapa de conservadora madurez. Y lo que reiteradamente hay que admirar de él es, precisamente, el hecho de que, veinte años antes, fuese capaz de llegar a las últimas consecuencias de su investigación sin alarma alguna –al contrario que José Breuer-, cuando la soledad, el ridículo, el malentendimiento y hasta la maledicencia eran las únicas posibilidades de respuesta.

#### IV.

Por lo que a Freud respecta, ya he hecho mención de cuánto le gratifica la adopción del rol de maestro-padre que Groddeck le ofrece. Como tal, se permite reprenderle, advertirle acerca de su tendencia al misticismo, al idealismo filosófico impertinente en el trabajo analítico. Pero la primera respuesta de Freud es, ante todo, la mejor de las posibilidades: “debo reclamarlo a usted y declarar que es un espléndido psicoanalista, cuyo pleno conocimiento de la cuestión es permanente. Cualquiera que haya reconocido la transferencia y la resistencia como los puntos centrales de la terapia, pertenece inevitablemente a la horda de los locos”. ¿Qué más podía anhelar Groddeck? Ser de “la horda de los locos” era la mejor forma de sugerirle su pertenencia al grupo, porque ello significa estar adscrito a él mediante un sistema de normas que era la antinorma. Freud le posibilita el éxito en el proceso de identificación hasta entonces aspirado, y ello tras la primera carta y por parte de quien consideraba inasequible.

Pero en Freud se deja de ver también su ambivalencia. Es en esta primera carta en donde le advierte de su “preocupación porque usted apenas haya superado las pobres ambiciones de originalidad y prioridad...”. Y a continuación le añade: “Usted es seguramente quince o quizá hasta veinte años más joven que yo. ¿No habrá usted absorbido quizá las principales ideas del psicoanálisis de una manera criptomnésica...?” (subrayados, míos). Freud reclama para sí, esto es claro, la originalidad del pensamiento de Groddeck, y la reclama de una manera netamente contradictoria: pues, como maestro, le pide que renuncie al prurito de prioridad; para luego añadirle que es que en el fondo tal originalidad, además, no existe, porque con la mayor probabilidad, sin saberlo, como un fallo “intencional” de su memoria, tales ideas proceden del psicoanálisis, es decir, de Sigmund Freud.<sup>8</sup> Interpretación que me parece confirmada en la carta de Freud a Lou Andreas-Salomé: “Así, pues, encontrará en su libro [se refiere al libro de Groddeck] menos novedades de las que yo esperaba”; para añadir estas palabras de disimulada invitación: “Pero esto constituirá, con todo, una pequeña tarea psicoanalítica”.<sup>9</sup> Lo que Freud pide, pues, a Lou Andreas-Salomé es que interprete psicoanalíticamente la originalidad que Groddeck se atribuye, como tantos que colaboran con Freud mismo: una (supuesta) originalidad que procede, a no dudarlo, de una inconsciente tendencia a negar la dependencia del maestro. Freud habrá de ser muy sensible a esta actitud que cada cual adopta para con el trabajo analítico, en la que, por un fallo criptomnésico, al modo de cualquier acto fallido, tiende a beneficiar a quien “lo padece”.

Pero esta benévola actitud negativa de Freud hacia Groddeck queda para una relativa intimidad, así como su actitud crítica acerca de la concepción psicologista de las afecciones corporales y, mucho más, para su concepción del *Ello* (véase después). Por lo demás, está dispuesto a reconocer cuánto hay de verdad, en todo ello, e incluso está presto a confirmarlo en su propia experiencia personal. Así, en carta a Ferenczi, del 6 de noviembre de 1917, escribe: “he fumado aquí mi último cigarro y después me he sentido del mal

---

8.- Algo había de verdad en todo ello, claro está. Freud había publicado hacía muchos años su trabajo sobre las parálisis orgánicas e histéricas, junto a algunas observaciones esporádicas acerca de la utilización de trastornos orgánicos por el inconsciente del propio paciente. Observaciones, estas últimas, que se sistematizan en su trabajo de 1925 –posterior, pues, a *El Libro del Ello-Inhibición, Síntoma y Angustia*, cap. I, en Ob. Comp., I, págs. 1235 y 1255. Lo que queda claro es que Freud reprocha a Groddeck el prurito de originalidad, del que, pese a todo, no está exento él mismo.

9.- *Freud-Lou Andreas-Salomé, Correspondencia*, trad. cast. Siglo XXI. México, 1968, pág. 83.

humor y fatigado. He tenido palpitaciones, y la dolorosa hinchazón del paladar que he observado después de mis días de privación se ha agravado. A continuación, un cliente me ha suministrado cincuenta cigarros. Después de haber encendido uno me he puesto alegre y mi hinchazón ha desaparecido. Yo no hubiera creído que esto pudiera ser tan patente, todo al modo de Groddeck".<sup>10</sup> Y cuando desde algunos círculos analíticos, especialmente por parte del pastor psicoanalista Pfister, suizo, se critica la publicación por la editorial psicoanalítica de la novela de Groddeck, *Der Seelensucher* (El *investigador de almas*), que contenía algunos pasajes escabrosos, Freud le escribe: "Yo defiendo enérgicamente a Groddeck contra vuestra respetabilidad. ¿Qué habría dicho usted si hubiese sido contemporáneo de Rabelais?".<sup>11</sup>

## V.

Pero donde Freud da toda su medida de la deferencia a Groddeck es en la aceptación incluso del vocablo Es (Ello) para su nueva reestructuración topodinámica (1923, *El Yo y el Ello*). El término Es, aunque utilizado ampliamente por Nietzsche –y por lo demás de uso, como impersonal, en el alemán–, había sido difundido precisamente por Groddeck. En la correspondencia de éste con Freud lo utiliza con anterioridad a la publicación de *El Libro del Ello*.

Hay, no obstante, algunas diferencias entre la concepción del Ello en Groddeck y en Freud. Para Freud, el Ello es un reservorio de energía, de donde proceden las pulsiones de vida y de destrucción. Es, pues, instintual, no organizado, y la ulterior organización de los mismos ha de proceder de su diferenciación por y en el Yo. Lo que supone de enriquecimiento la sustitución del inconsciente por el Ello, estriba en el hecho de que ya no es sólo lo reprimido, sino algo con vida propia, capaz de determinar la propia vida del Yo.

En Groddeck el Ello tiene una amplitud mayor. No es sólo libido y destruido.<sup>12</sup> Es todo lo que en el ser vivo hay de conformador (incluso biológicamente) y, por tanto, con sentido dentro de la estructura y funcionalismo del sistema total. El Ello de Groddeck es teleonómico, y el lector de este libro podrá tener la más precisa constatación de su alcance, aunque toda suerte de dudas acerca del mismo no cese de asaltarle.

*El libro del Ello* está escrito como "cartas psicoanalíticas a una amiga", muy de acuerdo con el estilo de la época.<sup>13</sup> Aparte mostrar una perfecta asimilación de la doctrina analítica, hay en él una audaz utilización de la hipótesis al servicio de la patología interna. Habría que proceder a un análisis comparativo de los resultados de la actual Patología Psicosomática para aprehender toda la enorme capacidad intuitiva de Groddeck al respecto.<sup>14</sup> El sinnúmero de observaciones sagaces asombra al lector, y en muchos casos, aun como profano, podrá tener constancia en sí mismo de cuánto existe de verdad en lo que se afirma con tan aparente desenvoltura. Todo el proceso de la enfermedad es concebido como un acto de conversión, al modo como, con mayor prudencia, se habría de imaginar que ocurre en las neurosis viscerales y en las neurosis de conversión. La enfermedad es, en este contexto, una creación del enfermo. Y asimismo la tendencia a los accidentes –una de las observaciones más ilustrativas de la Psicomática de hoy. El órgano enfermo es imaginado (véase carta 32) como una protesta del *Ello* frente a lo que se le exige hacer. Toda la concepción

---

10.- Véase la carta a Ferenczi en Jones, ob, cit., II, Pág. 205. La carta es de noviembre de 1917.

11.- Carta de Freud a Pfister de 4 de noviembre de 1921. En *correspondencia Freud-Pfister*; trad. cast. F.C.E., México, 1966, página 76.

12.- Utilizo el término "destruido", sugerido por Eduard Weis, aunque no generalizado, para la pulsión destructiva, del mismo modo que "libido" representa la pulsión antagonica, de carácter erótico.

13.- Recuérdese, entre otros ejemplos, *las Cartas biológicas a una dama*, de Jacob von Uexküll.

14.- Sería por demás injusto no situar entre Groddeck y la Medicina Psicosomática, tal y como se ofrece sistematizada en la literatura médica norteamericana, y entre nosotros a través de la obra de Rof Carballo (*Patología psicosomática*. Madrid, 1ª. edición, 1949), toda la aportación final de Victor von Weizsaecker. Véase, de este último, a títulos de ejemplos, *Casos y problemas Clínicos*, trad. cast. Barcelona, 1950, y *Der Kranke Mensch, Eine Einführung in die Medizinische Anthropologie*, Stuttgart, 1951.

de la función yoide de los órganos está contenida aquí, aunque tergiversada al modo groddeckiano. Mientras que, por ejemplo, en la concepción de la función yoide, la mano está al servicio del Yo, en adecuación, en determinado momento, al principio de realidad, Groddeck “pone” también el *Ello* en la mano misma (y en cualquier otro órgano, el pene, los labios, los ojos, etc.).

También el lector asiduo de la literatura analítica encontrará en este libro aseveraciones que hoy son fundamentales parcelas de tendencias concretas de la investigación en psicología profunda. Me limitaré a señalar tan sólo la concepción del pecho materno como falso (carta 7), que anticipa la tesis kleiniana en varias décadas.

A mi modo de ver, *El Libro del Ello* contiene un conjunto de observaciones e interpretaciones de la vida cotidiana que le prestan el máximo valor. Quizá el estilo desenfadado, escandalizante y cínico, que hace de la lectura de este libro una diversión profunda, oculte a muchos la aguda percepción de la realidad que el autor detecta. La descripción que en la carta 2 hace del niño que emerge en todo adulto solo, seguida de la del proceso de enmascaramiento a que se procede en la vida social, encontrará la confirmación en todo aquel que sepa verse a sí mismo por bajo de la más elemental epidermis.

Hay algo que me interesa señalar antes de seguir adelante: el enorme talento de escritor de Groddeck y su atención sobre el significado profundo del lenguaje (del habla, como se diría en la lingüística actual). Sus análisis de metáforas son en extremo sugerentes y probablemente constituyen las primeras, o una de las primeras contribuciones a este importante sector de la investigación psicoanalítica de hoy. En otros momentos, es la reflexión sobre el contenido semántico de un vocablo (por ejemplo, la palabra “antinatural”, véase carta 7) el que le sirve para desmontar todo el contenido ideológico involucrado en el árbol de semas. En una carta a Freud hace una interesante alusión a su historia personal respecto al lenguaje: “En la época de mi formación, las palabras, las palabras exactas y objetivas, desempeñaron un gran papel. Yo mismo no logré ser tan exacto y objetivo como se pedía y, como no podía serlo, he observado de cerca, siempre que me ha interesado (...) a los que han tenido fama en esta peculiaridad. Como he querido descubrir sus defectos, los he visto, y he llegado a la peculiar sobreestimación de lo subjetivo y debatible. De esto se ha desarrollado entonces una especie de exactitud de la paradoja...”. El oculto significado de adverbios tales como “obviamente”, “probablemente”, o de frases adverbiales, como “para ser franco”, “para ser veraz”, etc., merecieron la atención de Groddeck, que advirtió a Freud de cuánto las usaba y cuán sospechosas resultaban.<sup>15</sup>

El inofensivo, en la apariencia, subtítulo de este libro puede hacerlo pasar por una mera divulgación de la doctrina psicoanalítica. No se trata en absoluto de esto. Se trata de un intento totalizador de interpretación de la conducta humana, y la enfermedad misma como una forma de conducta. Es, pues, un libro netamente subversivo, en el que el hilo conductor es la radical desconfianza hacia la conciencia como tal (carta 4), en la que se invita al lector a no creer en nada de lo que se afirma mediante la palabra, el gesto o la conducta total. Lo que de “demoníaco” contiene la doctrina psicoanalítica, llamada a transmutar y conmover de raíz el sistema de valores de nuestra cultura, lo que ahora hay que rescatar en el psicoanálisis, tras su cómoda instalación en el *establihsment*, está en *El Libro del Ello* con toda su crudeza. Una crudeza que, en la intimidad, gustaba a Freud, pero que no dejaba de constituir, como he dicho, una señal de alarma para la mayor parte de sus seguidores.

---

15.- A este respecto, véanse mis comentarios a estas observaciones de Groddeck, en *Introducción a la Hermenéutica del Lenguaje*, Barcelona, 1972, págs. 100 y 111.

## VI.

Llegando a este punto, importa preguntarse qué relación existe entre el pensamiento científico y la fantasía. No me refiero a la distinción, más equívoca de lo que parece, entre uno y otra, sino a la relación que pueda haber entre el pensamiento racional *sensu stricto* y la fantasía. Para Freud, la fantasía es un resto, por decirlo así, que queda autónomo, de aquellas fases tempranas en las que el sujeto hubo de adecuarse a la realidad ingraticante. Por eso, las fantasías del adulto son siempre fantasías optativas y de alguna manera reproducen los juegos infantiles, tan seriamente vividos.

Con posterioridad, la disociación surge cuando la fantasía deviene inadecuada para dar el juego al *principio de realidad*, y la misma actividad que se utiliza para la fantasía queda prendida, y al servicio, de la realidad en sí. El pensamiento que denominamos racional es una imprescindible represión de la actividad intelectual en su más amplio sentido. Pero lo que ignoramos la mayor parte de las veces es hasta que punto, al reprimir para la razón, inapercibimos sobre la realidad ante la que razonamos, cegándonos entonces, por una inconsciente inhibición, ante la misma. Así como la fantasía resulta ser una notaria “liberación”, el pensamiento racional puede constituirse, por su prurito antifantástico, en una inhibición (subconsciente) del propio sujeto ante la realidad.<sup>16</sup> “La vieja experiencia de que la palabra inhibe el pensamiento se probó para mí en tal medida que la reticencia ante los términos técnicos -sí, ante cualquier definición delimitada- se hizo mucho mayor”, escribió Groddeck a Freud en 1920.

El libro de Groddeck no es resultado de un pensamiento racional, sino el libre juego de una fantasía. El “cinismo” de Groddeck hay que interpretarlo como una formación lúdica agresiva contra la normativa existente, que es la realidad ingraticante, de la cual tuvo buena experiencia a lo largo de su etapa biográfica precoz. Por esta razón, Freud escribe a Lou Andreas-Salomé que lea el libro, pero le aconseja que sobre el mismo ejerza su tarea analítica. Mientras en un libro científico, en el sentido académico del vocablo, lo personal aparece sabiamente hipostasiado, en este libro de Groddeck, en la medida en que el propio autor nos hace saber que procede mediante puestas en relación no suficientemente razonadas, sirve para mostrarnos al propio Groddeck.<sup>17</sup> Todo el contenido de *El Libro del Ello* no sólo debe ser visto como exposición de una tesis, sino también entrevista como antítesis, como protesta contra el saber institucionalizado, contra el saber que se recrea narcisistamente en su propia autosuficiencia. Es un irritado, y otras veces sarcástico, discurso contra la parálisis que ese saber impone, por su ajuste a la realidad, en detrimento de una penetración más profunda de la misma. Es en este aspecto en lo que el libro de Groddeck resultaba grato a Freud, por esa espontaneidad, por esa audacia, que el propio Freud estaba imposibilitado de mostrar, ante la necesidad, en él existente, de hacer de su doctrina un ámbito más de la racionalidad y de la Ciencia. La imprudencia que Freud era ya incapaz de poseer no le aparecía como desdeñable en Groddeck. En una carta a Groddeck, Freud escribe: “En su *Es* no reconozco a mi *Es*, civilizado y burgués, despojado de su misticismo. Sin embargo, usted sabe que el mío deriva del suyo.” Y en otra carta a Lou Andreas-Salomé, Freud es tan explícito, en el sentido en que se dirige nuestra interpretación, que no queda ya duda alguna al respecto: “Sería muy interesante [*Das Buch vom Es*] para usted, pese a que la propensión del autor a la exageración y a la simplificación, así como cierto misticismo, son obvios. Como usted sabe, en mi trabajo *he sacrificado, sin el menor reparo y tanto como he podido, la unidad, la integridad y el sentimiento de la*

---

16.- De aquí que el pensamiento racional esté siempre sujeto al riesgo, ante la inhibición de la fantasía nuda, de convertirse en una racionalización sobre el objeto, mediante la cual obtiene de éste una imagen falsa -también, pues, fantástica-, netamente deseada, pero sin que aparezca despojada de la apariencia de raciocinio.

17.- Freud era extremadamente parco en elogios y en todo caso -al margen de que no estuviese libre de la posibilidad de autoengañarse- siempre trató de ser sincero. Por eso, hay que estimar en su justa medida estas palabras de Freud a Groddeck, en carta del 17 de abril de 1921: “Es domingo y responder a su carta lo convertirá en día de fiesta para mí. Las cinco cartas [se refiere al primer envío de *El Libro del Ello*] son encantadoras. Estoy decidido a no dejarlas ir a ningún otro editor. Especialmente *resultan irresistibles aquellas en que usted habla de si mismo.*” (Subrayados, míos.).



*satisfacción intelectual exclusivamente por la seguridad. Groddeck va más allá y tropieza con las cosas que indiscutiblemente tienen derecho a que se las tenga en cuenta. Su Ello es más que nuestro inconsciente, no está claramente delimitado con respecto a éste, pero hay algo verdadero tras lo mismo”* (subrayados, míos).<sup>18</sup>

Cabe preguntarse si el sacrificio de Freud -el intuir más de lo que podía demostrar; el soslayar “las cosas que indiscutiblemente tienen derecho a que se las tenga en cuenta”; ese “algo verdadero” que él mismo reconoce en aras de la seguridad no significa la renuncia a la audacia preliminar, el reconocimiento de cuánto hay que quemar en el altar de la institución psicoanalítica a la que se debe, si pretende para la doctrina un cómodo futuro. La verdad es que la Medicina Psicosomática hubo de esperar -a excepción de libro de Schwarz, de 1925-<sup>19</sup> más de veinte años para que emergiera desde el seno mismo de una Medicina institucionalizada, cuando en el fondo no hacía sino repetir -en un lenguaje nada cínico, nada agresivo, sino escolástico- lo que Groddeck había enunciado de esta manera, “frívola” y “literaria”, como “cartas psicoanalíticas a una amiga”.<sup>20</sup>

**C. CASTILLA DEL PINO**  
**En Córdoba. Verano de 1973.**

*Volver a Publicaciones de Groddeck*

PÁGINAS DEL PORTAL ALSF-CHILE  
<http://www.alsf-chile.org> - <http://www.biopsique.cl> - <http://www.indepsi.cl>  
Contacto: [alsfchile@alsf-chile.org](mailto:alsfchile@alsf-chile.org).

---

18.- Freud-Lou Andreas-Salomé, ob. cit., pág. 82.

19.- Aludo a la compilación de O. SCHWARZ, *Psicogénesis y Psicoterapia de los síntomas corporales*, trad. cast. Barcelona, 1932; un libro que había de pasar inapercibido, y no sólo en nuestro ámbito médico, por lo que podríamos denominar “prematuridad histórica”.

20.- Georg Groddeck murió de un ataque al corazón en 1934. Meses antes, ante los acontecimientos nazis, Groddeck se negaba a responsabilizar a Hitler. Escribió a Hitler una y otra vez para advertirle de sus malos consejeros. Se le indicó, más tarde, que iba a ser detenido. Tras grandes esfuerzos, se consiguió que se trasladase a Zurich. Allí proyectaba un tratamiento que liberaría del cáncer a toda la población humana, y para ello precisaba la colaboración y ayuda de Hitler. En su muerte, Medard Boss -que habría de contribuir posteriormente a la Patología Psicosomática- hizo su discurso necrológico.